

LARA CAMPOS PÉREZ

CELEBRAR LA NACIÓN
Conmemoraciones oficiales y festejos
durante la Segunda República

Marcial Pons Historia
2016

ÍNDICE

	<u>Pág.</u>
AGRADECIMIENTOS	15
INTRODUCCIÓN	17
CAPÍTULO 1. CONMEMORACIONES Y POLÍTICAS CONMEMORATIVAS EN LA EUROPA DE ENTREGUERRAS.....	29
Conmemoraciones y rituales políticos en la Europa de entreguerras	35
Las conmemoraciones oficiales en España en el primer tercio del siglo xx.....	45
CAPÍTULO 2. CONMEMORACIONES OFICIALES, CONMEMORACIONES OFICIOSAS Y OTROS USOS POLÍTICOS DEL ESPACIO PÚBLICO DURANTE LA SEGUNDA REPÚBLICA....	55
Conmemoraciones oficiales.....	57
Conmemoraciones de los héroes culturales de la nación.....	63
Las conmemoraciones oficiosas de las derechas antirrepublicanas.....	67
Las conmemoraciones oficiosas de las izquierdas	72
Conmemoraciones nacionales no estatales.....	80
Otros usos políticos del espacio público	84
CAPÍTULO 3. EL 14 DE ABRIL DE 1931 Y SUS CONMEMORACIONES DURANTE EL PRIMER BIENIO.....	91
Los prolegómenos	102
La puesta en escena	107
Las interpretaciones	120

	<u>Pág.</u>
CAPÍTULO 4. LAS TRANSFORMACIONES DE LA CONMEMORACIÓN DEL 14 DE ABRIL DURANTE EL SEGUNDO BIENIO.	137
Los prolegómenos	139
La puesta en escena	148
La conmemoración paralela de la izquierda republicana y del socialismo.....	162
Las interpretaciones	165
 CAPITULO 5. LA ÚLTIMA CONMEMORACIÓN DEL DÍA DE LA SOBERANÍA NACIONAL EN TIEMPOS DE PAZ, EL 14 DE ABRIL DE 1936.....	 181
Los prolegómenos	183
La puesta en escena	189
Las interpretaciones	201
 CAPÍTULO 6. LA FIESTA (¿OBRERA?, ¿NACIONAL?) DEL TRABAJO, EL PRIMERO DE MAYO.....	 213
La fiesta republicano-socialista del Trabajo.....	216
La fiesta de los trabajadores de la República.....	233
La fiesta del trabajo obrero, el Primero de Mayo de 1936.....	244
 CAPÍTULO 7. LA FIESTA HISTÓRICA DEL REPUBLICANISMO ESPAÑOL, EL 11 DE FEBRERO.....	 253
Las pugnas por la memoria entre el viejo republicanismo y el republicanismo nuevo: el 11 de febrero durante el primer bienio	258
Entre el republicanismo conservador y el conservadurismo antirrepublicano: el 11 de febrero durante el segundo bienio.....	268
La Fiesta de la República abandonada, el 11 de febrero de 1936	278
 CAPÍTULO 8. EN DEFENSA DE LA LIBERTAD Y EN MEMORIA DE LA NACIÓN EN ARMAS, LA FIESTA DEL DOS DE MAYO.	 283
El Dos de Mayo como memoria de la nación liberal	287
El Dos de Mayo como memoria de la nación en armas contra el invasor extranjero.....	298
El Dos de Mayo como memoria de la nación en armas en defensa de la libertad.....	304

	<u>Pág.</u>
CAPÍTULO 9. ESPAÑA, LA CIVILIZACIÓN Y LA RAZA, LA FIESTA DEL DOCE DE OCTUBRE	311
La Fiesta de la Raza como fiesta del hispanismo.....	317
La Fiesta de la Raza como fiesta de la hispanidad.....	333
CONCLUSIONES	347
FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA	355
Fuentes hemerográficas.....	355
Memorias, diarios, autobiografías y publicaciones de la época.....	356
Bibliografía	357
ÍNDICE DE ILUSTRACIONES	377
ÍNDICE DE NOMBRES	379

INTRODUCCIÓN

Cuando se habla del final de la Segunda República —algo que normalmente se hace en términos de fracaso— entre las múltiples explicaciones que se han propuesto, tanto económicas, como sociales, políticas o militares, uno de los argumentos que se ha utilizado de forma recurrente ha sido el de la escasa interiorización del republicanismo dentro de la sociedad española¹. Este argumento de que España fue una república sin republicanos y de que quienes habían votado por este régimen de gobierno el 12 de abril de 1931 lo habían hecho sin saber lo que hacían había sido ya expuesto a los pocos meses de andadura de la República por algunos intelectuales como Unamuno y Ortega y Gasset, a raíz del desencanto que sintieron por la forma que había ido adoptando la política. Asimismo, este argumento, legitimado desde posturas distintas, fue expuesto y capitalizado desde fecha temprana por la derecha antirrepublicana, que lo utilizó para demostrar que la República era un régimen antiespañol y, por tanto, su mantenimiento era atentatorio contra la nación. La asunción de este argumento por una parte de la historiografía que se sigue escribiendo a día de hoy ha llevado con frecuencia a considerar que, más allá de la posible accidentalidad o no del advenimiento de la República, los actores políticos que estuvieron involucrados en su

¹ Aunque la lectura de la República en clave de fracaso suele ser la más habitual, algunos autores, como Rafael Cruz, mantienen posturas contrarias. Véase RAFAEL CRUZ (2005), pp. 11-32. La bibliografía de la Segunda República es muy extensa, remitimos a algunos balances historiográficos generales, como el de Santos JULIÁ (1999), pp. 143-160, y también Octavio RUIZ-MANJÓN CABEZAS (2006b), pp. 279-297.

gestión a lo largo de este periodo no habrían hecho nada, o habrían hecho pocas cosas², para socializar el sistema de valores y el corpus de ideas sobre el que se asentaban las culturas políticas republicanas. Y en esa desatención a la socialización de sus culturas políticas, los republicanos habrían perdido también la posibilidad de beneficiarse de uno de los agentes más relevantes para la movilización ciudadana durante aquellos años: el nacionalismo.

A partir de una revisión crítica de esta asunción y utilizando como herramienta analítica el concepto de cultura/s política/s, entendido en un sentido amplio como todo aquel entramado de valores, principios ideológicos, expectativas, reglas y prácticas simbólicas propias de cada comunidad, que los actores políticos usan de manera consciente y creativa para fomentar en la sociedad la acción política³, uno de los primeros interrogantes que se planteó esta investigación fue saber si los actores políticos de este periodo habían hecho, efectivamente, un uso creativo de alguno de los mecanismos que tenían a su disposición —en concreto, de las conmemoraciones, a las que nos referiremos a continuación— para socializar sus respectivas culturas políticas; es decir, se puso en cuestión si hubo una preocupación por imbuir en la ciudadanía española ese conjunto de valores, normas y símbolos que representaban el republicanismo o si, por el contrario, como se ha sostenido habitualmente, los políticos de la Segunda República descuidaron ese aspecto y se concentraron más en otros, como su labor parlamentaria.

Otro de los interrogantes consistió en dilucidar en qué lugar quedó la nación dentro de estas culturas políticas republicanas y en qué medida pudo ser un elemento de cohesión entre ellas, de modo

² Algunos trabajos relacionados con la educación durante este periodo han demostrado el interés de los distintos Gobiernos republicanos por construir una ciudadanía republicana y española desde la escuela. Véase, por ejemplo, María del Mar POZO ANDRÉS (2007), pp. 207-232.

³ El término «cultura política» —generalmente utilizado en plural en los estudios históricos— ha suscitado un interesante debate historiográfico que todavía está lejos de concluir. Sin pretender entrar en ese debate, en esta investigación se ha utilizado el término cultura(s) política(s) en el sentido amplio reseñado en el texto y desde una perspectiva claramente heurística. Dentro de la amplia bibliografía, algunos balances sobre el tema que han resultado esclarecedores para este trabajo han sido los de Miguel Ángel CABRERA (2010), pp. 19-86; Javier DE DIEGO ROMERO (2006), pp. 233-266; Ronald P. FORMISANO (2001), pp. 393-426, y María Luz MORÁN (1999), pp. 97-129.

que el republicanismo se convirtiera durante estos años en el principal elemento definitorio de la nación, de la misma forma que, a partir de 1939 —y sobre todo después de 1945—, bajo la dictadura encabezada por el general Franco, lo sería el catolicismo; es decir, si se podía hablar de una suerte de nacional-republicanismo que contara con un conjunto de principios ideológicos, de mitos y de ritos, con los que potencialmente se pudieran sentir identificados los miembros de la comunidad de veintitrés millones de personas que entonces constituían la población de España.

Finalmente, otro de los aspectos fundamentales de este trabajo estuvo relacionado con la posible recepción e interiorización de estas culturas políticas republicanas en clave nacional por parte de la ciudadanía; un asunto de muy difícil respuesta —y más en un periodo como este en el que todavía no había encuestas de opinión o estadísticas con los niveles de popularidad de las principales figuras políticas del país—, pero cuyo planteamiento resultaba esencial para comprender este problema histórico, ya que si de lo que se trataba era de dilucidar si hubo o no una ciudadanía republicana —o al menos conocedora e imbuida de algunos de los valores propios del republicanismo—, resultaba imprescindible conocer las respuestas que suscitaban en los individuos algunas de las manifestaciones de las culturas políticas republicanas de este periodo.

Para abordar estos aspectos, opté por utilizar como objeto de análisis un artilugio de indiscutida eficacia —sobre todo durante el periodo de entreguerras— para la formación y transmisión de culturas políticas: las conmemoraciones oficiales y, en este caso, aquellas que fueron concebidas como nacionales y cuya repetición se produjo cíclicamente, año tras año. Las conmemoraciones oficiales han sido interpretadas en este trabajo, por tanto, en un sentido metafórico, como aquellos mecanismos que permiten «comunicar el movimiento de un cuerpo a otro, alterando generalmente su velocidad, su sentido o su forma»⁴; es decir, como señala Jean-Pierre Rioux al hablar de las formas de hacer historia de la cultura, como «soportes vehiculares de los flujos de conceptos [y] de ideales»⁵.

⁴ Definición del Diccionario de la Real Academia Española para la entrada «Transmisión ~de movimiento», disponible en www.rae.es (consultado el 19 de mayo de 2014).

⁵ Jean-Pierre RIOUX (1999), «Introducción», p. 22.

Así pues, las conmemoraciones oficiales actuaron, desde este punto de vista, como correas de transmisión entre, por una parte, el cuerpo político y, por otra, el cuerpo social, produciendo, sin duda, alteraciones no solamente en el primero de ellos, sino también en el segundo, en la medida en que, en la maquinaria social —a diferencia de lo que ocurre en la maquinaria técnica—, todo proceso de esta naturaleza produce afectaciones tanto del universo mental de sus emisores como —sobre todo en sociedades democráticas, como lo pretendía ser la España de la Segunda República— de sus receptores; y nos informa, asimismo, del estado de las relaciones entre ambos cuerpos⁶. Un mecanismo que, por lo demás, debía de resultar muy del gusto del republicanismo que, desde las postrimerías del siglo XIX, había abogado por una politización de la ciudadanía como medio de sustraerla de su apatía generalizada⁷. Por tanto, las conmemoraciones oficiales han sido entendidas aquí como un lugar privilegiado desde el que analizar las culturas políticas republicanas, ya que, debido a su valor heurístico, permiten explorar dimensiones adonde el estudio de las ideologías o de los partidos políticos a veces no llega⁸.

A la hora de acercarme al tema que se aborda en estas páginas, partí de dos premisas fundamentales: por una parte, que durante los años treinta del siglo XX, como un fenómeno generalizado en todo el mundo occidental, se produjo una exacerbación del nacionalismo como argumento político movilizador y, por otra, que al iniciarse la Segunda República existían en España no una, sino varias culturas políticas republicanas, herederas, en buena medida, del republicanismo de las décadas previas. Respecto a la primera de las premisas, la historiografía reciente nos ha demostrado que, a diferencia de lo que se había pensado en las décadas anteriores, el proceso de nacionalización de España a lo largo del siglo XIX y durante las primeras décadas del XX no estuvo caracterizado por esa debilidad que comúnmente se le había atribuido, sino que gozó de la misma buena (o mala) salud y fue objeto de problemas similares a los que se esta-

⁶ Algunas reflexiones teóricas sobre los caminos de ida y vuelta en los procesos de nacionalización pueden verse en Alejandro QUIROGA (2013).

⁷ Javier DE DIEGO ROMERO (2008a), pp. 136-137.

⁸ Un pormenorizado balance bibliográfico sobre el estudio de los rituales políticos —entendidos aquí como representaciones de la cultura política— en Europa y Estados Unidos desde principios del siglo XX lo encontramos en Renato MORO (2009), pp. 97-147.

ban produciendo en los países vecinos⁹. Las políticas implementadas desde el Estado, así como las «experiencias de nación» que se vivieron en los diferentes ámbitos geográficos y en los distintos espectros sociológicos, tuvieron una intensidad variable, pero —sobre todo a partir de inicios del siglo xx— nunca estuvieron ajenos al imaginario colectivo de la ciudadanía¹⁰. Lo que hasta la década de los años veinte no se hizo en España, entre otras razones debido a su no participación en la Gran Guerra, fue utilizar esas experiencias de nación como argumento movilizador de unas masas en formación; algo que sí había ocurrido en la mayoría de los países involucrados en la conflagración mundial, como Gran Bretaña, Francia o Italia¹¹. En España, sería a partir de la dictadura de Primo de Rivera cuando la nación dejó de ser, fundamentalmente, objeto de reflexiones metafísicas por parte de intelectuales y políticos, y se convirtió en un importante argumento movilizador, susceptible, además, de legitimar posturas políticas de la más variada índole¹². Así, al concluir la década de los años veinte, España había adquirido un ritmo similar al del resto de los países europeos en lo referente a la movilización nacionalista¹³.

Durante los años de la Segunda República se dio una continuidad a esta tendencia en ascenso en la utilización del nacionalismo como argumento movilizador. El cambio de régimen no solo no supuso una variable significativa al respecto, sino que, por el contrario, el fenómeno se intensificó, en la medida en que la nación venía ocupando, desde el siglo xix, un lugar preponderante dentro del pensamiento republicano. Así pues, entre los afectos al republicanismo, la apelación a la nación había sido profusamente utilizada para legitimar sus posturas políticas, cuyo objetivo último era, en la mayoría de los casos, demostrar

⁹ Una exposición pormenorizada de estos argumentos en Ferran ARCHILÉS y Manuel MARTÍ (2002), pp. 245-278, y también en Ferran ARCHILÉS (2002), pp. 283-314.

¹⁰ El término «experiencias de nación» es entendido como el conjunto de vivencias por las cuales un individuo adquiere una identidad nacional, según la definición de Ferran ARCHILÉS (2007), pp. 127-151, y (2013), pp. 91-114.

¹¹ Esta ausencia de movilización ciudadana contrasta con el debate intelectual surgido en el país a raíz de la conflagración mundial. Sobre este asunto véase Maxi FUENTES CODERA (2014).

¹² El estudio más ilustrativo a este respecto probablemente sigue siendo el de Alejandro QUIROGA (2008).

¹³ Sobre la tesis de la exacerbación en el uso del argumento nacionalista durante el periodo de entreguerras pueden verse, entre otros, George MOSSE (2005), y Hannah ARENDT (1998), pp. 182-220.

no solo la naturaleza esencialmente republicana de España, sino que esta era la única forma de gobierno que podía salvar al país del suicidio al que lo estaba abocando la monarquía¹⁴. En continuidad con este planteamiento, ya en los años treinta Manuel Azaña, que no tuvo reparo en declarar en Cataluña sentirse orgulloso de ser español por los cuatro costados —que no españolista—, fue quizás uno de los que más recurrió a esta identificación cuando insistía en señalar que, cuando hablaba de República, hablaba de España, porque aquella era la forma jurídica de la nación, igual que esta era la forma histórica de la República. También los socialistas, compañeros de gobierno de los republicanos durante el primer bienio, se vieron imbuidos por este fuerte impulso nacionalista, que impregnó buena parte de los discursos de Indalecio Prieto y que llevó a Largo Caballero, en alguna ocasión, a temer el juicio de la historia y de España, si su labor al frente del Ministerio de Trabajo y Previsión Social no producía los frutos esperados.

Pero, como es bien sabido, no solo los defensores del régimen republicano se subieron al carro del nacionalismo para legitimar sus posturas políticas, también lo hicieron sus detractores, tanto los posibilistas, cuando en las elecciones pedían el voto a la ciudadanía en nombre de España, como los reaccionarios, cuando suspiraban por que el espíritu de la verdadera España acabara lo antes posible con el régimen republicano. Asimismo, los nacionalismos no estatales, sobre todo el catalán, fuertemente animado por el republicanismo desde las décadas previas, también encontraron durante este lustro un marco legal y mental adecuado para la expresión de sus reivindicaciones nacionalistas¹⁵. En la primera mitad de la década de los años treinta, como vemos, nadie en España —como estaba ocurriendo en el resto de Europa— parecía estar dispuesto a perderse el succulento bocado discursivo que ofrecía el nacionalismo y pocos parecieron darse cuenta de la posibilidad de quedarse atragantados con ello. La guerra de 1936-1939, en la que los dos bandos contendientes dijeron estar luchando para salvar a España, dio muestra del tamaño que podía alcanzar ese atragantamiento. La dictadura franquista, here-

¹⁴ Sobre las relaciones entre republicanismo y nacionalismo en España en el siglo XIX véanse Andrés DE BLAS (1991); M.^a Pilar SALOMÓN CHÉLIZ (2009), pp. 35-64; Florencia PEYROU (2002), y Javier DE DIEGO ROMERO (2008a), pp. 193-254.

¹⁵ Igual que el republicanismo español, el republicanismo catalán llevaba también décadas recurriendo al argumento nacionalista como forma de legitimación. Véase Ángel DUARTE (1993), pp. 157-180, y (1994), pp. 23-39.

dera en más de un aspecto del laboratorio político que supusieron los cinco años de régimen republicano, dio continuidad a ese proceso de hiper-nacionalización de la vida política, que en este caso tuvo como uno de sus principales acicates el fomento de la cohesión interna de un país completamente desmembrado después de una devastadora guerra de casi tres años.

Respecto a la segunda de las premisas, a saber, la existencia de varias culturas políticas republicanas en la España de los años treinta, sin entrar en el debate más amplio sobre la construcción teórica del republicanismo moderno en el mundo occidental en el que inevitablemente estaba imbuido el republicanismo español¹⁶, los especialistas en el tema han demostrado en los últimos años, por una parte, que el republicanismo del Ochocientos en España no fue un fenómeno únicamente de élites, sino que buscó también sus vías de socialización, aunque estas tuvieran unas repercusiones generalmente limitadas; y, por otra, que la cultura política republicana de este periodo no fue un bloque homogéneo, sino que, por el contrario, presentó significativas variables que en ocasiones llegaron a reivindicar planteamientos decididamente encontrados¹⁷. A pesar de las diferencias de matiz, parece haber un consenso entre los estudiosos del tema respecto a los tres principales planteamientos del republicanismo en estas décadas: uno, de tendencia conservadora, tanto política como socialmente, representado inicialmente por Castelar y que encontró cierta continuidad en el pensamiento de Salmerón; otro, progresista políticamente y conservador en lo social, que sería el encabezado por Ruiz Zorrilla; y, finalmente, una tercera opción, de clara inspiración socialdemócrata, que tuvo como uno de sus principales defensores a Pi i Margall.

¹⁶ Sobre el republicanismo como pensamiento y praxis política en el mundo contemporáneo véanse Philip PETTITE (2009); Steve PINCUS (1998), pp. 705-736, y José Antonio AGUILAR y Rafael ROJAS (coords.) (2002).

¹⁷ La bibliografía sobre esta temática es amplia gracias al auge que ha experimentado en las últimas dos décadas. La voluntad de socialización del republicanismo durante las tres primeras décadas del siglo XX ha sido abordada con frecuencia en estudios de ámbito local, como refleja en su trabajo ya citado M.^a Pilar SALOMÓN CHÉLIZ (2009). Algunas consideraciones de carácter general las podemos encontrar en Ramiro REIG (2000), pp. 83-102, y (1994), pp. 395-423, y, asimismo, en el libro ya citado de Florencia PEYROU (2002). Respecto a la taxonomía del republicanismo español en este periodo resultan imprescindibles los trabajos de Ángel DUARTE y Pere GABRIEL (2000), pp. 11-34; Román MIGUEL GONZÁLEZ (2004), pp. 207-236; Javier DE DIEGO ROMERO, (2008b), pp. 409-440, y Manuel SUÁREZ CORTINA (1999), pp. 499-523.

Este panorama decimonónico se simplificó a grandes rasgos a inicios del siglo XX, cuando, después del fracaso de Unión Republicana, se establecieron dos líneas fundamentales dentro del pensamiento republicano: una moderada, representada por el Partido Reformista de Melquíades Álvarez, y otra exaltada, la liderada por Alejandro Lerroux dentro del Partido Republicano Radical. Estos dos planteamientos del republicanismo, situados en la izquierda política respecto al sistema de la Restauración, pero claramente definidos en la derecha respecto a lo social, se vieron obligados a compartir su espacio político en la década de los años veinte con un nuevo republicanismo, de marcado carácter de izquierda, representado, en su ala más moderada, por Acción Republicana, y en su ala más radical, por el Partido Republicano Radical Socialista. Este republicanismo de izquierdas, que contaba con un significativo antecedente en el ámbito regional en el republicanismo catalán —cuyo nacionalismo no entraba doctrinalmente en conflicto con el republicanismo español—, se constituyó a partir de un conjunto de ideas de inspiración socialdemócrata, como la ampliación de la base social de la política, la absoluta observancia del derecho a la libertad y la búsqueda de una justicia social y económica que redujese las desigualdades que en este orden existían en el país¹⁸.

Al iniciarse la Segunda República después de las elecciones municipales del 12 de abril de 1931, estas culturas políticas republicanas, que habían permanecido hasta entonces en los márgenes de la política oficial, vivieron un momento de euforia al pasar —como se quejaría Romanones durante aquellas horas cruciales en las que se estaba produciendo el cambio de régimen—, de la noche a la mañana, de la clandestinidad al protagonismo indiscutido. Pero si la euforia de los primeros meses de régimen republicano sirvió de cemento de unión entre todos los que habían participado en su instauración, como es sabido, las desavenencias y abiertas polémicas no tardaron mucho en aparecer y en agrietar ese supuestamente sólido cimiento. Las culturas políticas republicanas, que en ese momento sustentaban en buena

¹⁸ Sobre el republicanismo en las tres primeras décadas del siglo XX pueden consultarse, entre otros, Manuel SUÁREZ CORTINA (1986) y Javier DE DIEGO ROMERO (2008a). También encontramos información interesante en estudios históricos de larga duración como los de Ángel DUARTE (2013) y Fernando MARTÍNEZ LÓPEZ y Maribel RUIZ GARCÍA (eds.) (2012). Algunos aspectos sobre los fundamentos intelectuales del nuevo republicanismo en Margarita MÁRQUEZ PADORNO (2003).

medida la legitimidad del régimen, también mostraron las múltiples aristas que diferenciaban las dos posturas mayoritarias —las escisiones dentro del republicanismo fueron siempre muy abundantes, por razones de claridad expositiva nos referimos aquí a los grupos más representativos—: la del republicanismo nuevo o de izquierdas y la del republicanismo histórico y conservador. El choque entre ambas interpretaciones del republicanismo no tardó en manifestarse y se hizo evidente no solo en los debates de las sesiones de Cortes —recuérdese, como botón de muestra, el conocido como «Debate de los enojos» entre Azaña y Lerroux— y en los medios de comunicación social, sino en todos aquellos ámbitos que tenían que ver con la vida en comunidad, como lo eran también las conmemoraciones.

En estos actos públicos y colectivos, la imagen de la idea de la España que se representó estuvo sujeta, asimismo, a la tensión dialéctica entre estas dos culturas políticas republicanas. Sin embargo, a pesar de sus marcadas diferencias, existió entre ellas también una serie de lugares comunes —que iban más allá del fundamental antimonarquismo— que habrían de procurarle una cierta cohesión interna al republicanismo. Una cohesión que resultaría de crucial importancia, ya que esta cultura política no fue, desde luego, la única existente durante este quinquenio, sino que convivió, a veces en armonía y otras en franca disputa, con otras culturas políticas, que también implementaron todos los mecanismos que tuvieron a su alcance para la socialización de sus corpus ideológicos. Lo que sí tuvo fue el privilegio de tener a su disposición, de forma preponderante, los potentes cauces de socialización que brinda la administración del Estado.

Además de estas dos premisas, los resultados de esta investigación no quedarían suficientemente bien dimensionados sin tomar en consideración un fenómeno clave en el mundo occidental durante aquellas décadas: el surgimiento de la sociedad y la política de masas; una nueva forma de organización y convivencia que encontraba uno de sus fundamentos en esa movilización y empoderamiento ciudadano que tanto preocupó a Ortega y Gasset. Que las masas ya no podían mantenerse ajenas de la vida política de las naciones era un hecho incontestable al iniciar la década de los años veinte, el reto iba a consistir, a partir de entonces, en cómo manejarlas, tanto para evitar sublevaciones que atentaran contra el orden establecido, como para hacer de ellas uno —si no el principal— instrumento simbólico con el que cada partido u organización pudiera demostrar su liderazgo. En un momento en que los actores políticos decían estar hablando en

nombre de la voluntad nacional —como venían haciéndolo, por otra parte, desde el siglo XIX—, ver expresada esa voluntad a través de manifestaciones multitudinarias era, probablemente, una de las mejores pruebas con que podían demostrar su argumento. Los nuevos medios de comunicación social, como la radio o el cine, así como el perfeccionamiento de otros, como el diseño gráfico y los carteles, sin duda constituyeron una herramienta de primer orden para la consecución de este objetivo.

España no estuvo ajena a este proceso que, a marchas forzadas, se estaba llevando a cabo en el resto de Europa, y no tardaron en aparecer en el país organizaciones de este tipo. Una de las primeras manifestaciones oficiales de este nuevo giro que estaba experimentando la política fue la Unión Patriótica, pseudo-partido político de marcado corte fascista creado durante la dictadura de Primo de Rivera. Durante la Segunda República, la mayoría de los partidos y asociaciones políticas, si no lo eran ya desde antes, como el Partido Socialista, no tardaron en convertirse en partidos de masas, y como tales se exhibieron y procuraron cooptar el espacio público a través de sus múltiples rituales y manifestaciones. Las conmemoraciones oficiales pueden ser entendidas, asimismo, como una estrategia de política de masas, vehiculada, en este caso, a través del Estado; pero una política de masas que tuvo que competir tanto por ganarse las simpatías de la sociedad como por el espacio público, en el que en buena medida se ejecutaba este tipo de prácticas políticas, con otras organizaciones con pretensiones semejantes, aunque desde posturas ideológicas distintas¹⁹.

Desde un punto de vista metodológico, en este trabajo he hecho uso del rico arsenal de herramientas analíticas que ofrece la historia cultural, bajo el entendido de que las conmemoraciones oficiales constituyen una representación cultural de la política y que su función como instrumento para la politización de la vida cotidiana —derivada de la movilización inherente a su ejecución— resulta incuestionable²⁰. Así pues, a la hora de ordenar la información de las

¹⁹ Sobre la política y la sociedad de masas puede consultarse, entre otros, Rafael CRUZ (2008). Sobre este tema también Edward ACTON e Ismael SAZ CAMPOS (2001).

²⁰ La bibliografía sobre teoría y metodología de la historia cultural es amplia; algunas de las obras que han resultado esclarecedoras para este trabajo fueron los trabajos recogidos en Jean-Pierre RIOUX y Jean François SIRINELLI (eds.) (1999), Daniel UTE (2001), Roger CHARTIER (1995), Peter BURKE (2006), Marc BLOCH (1996) y Mauricio TENORIO TRILLO (2012).

fuentes hemerográficas que constituyen la base fundamental de esta investigación, intenté encontrar el sentido que había animado tanto a quienes proyectaron estas escenificaciones rituales de la política, como a quienes contribuyeron a construir su significado a partir de su participación o no en las mismas, así como mediante los comentarios que vertieron en la prensa. Igualmente, la propia escenificación en sí y lo que quedaba representado en ella, me pareció que aportaba una información muy útil sobre las formas que iba adquiriendo la política. A la hora de analizar estas cuestiones, como podrá apreciar el lector, hice un uso indistinto de fuentes verbales y visuales, en la medida en que tanto unas como otras arrojaban información útil para comprender el tema planteado. De modo que las imágenes en este libro no deben ser entendidas como ilustraciones que acompañan al texto y que sirven para reforzar un argumento externo, sino como un documento más con su propia narrativa²¹, susceptible de captar, a veces mejor que las palabras, las creencias, los valores y los fundamentos ideológicos —pero también sus límites, expresados a través de las respuestas que recibieron— que constituyen la base de toda cultura política, y que en este caso sirvieron para representar las culturas políticas republicanas escenificadas en esos rituales cívicos que fueron las conmemoraciones oficiales de este periodo.

²¹ Sobre el uso de las imágenes como fuente para la historia pueden consultarse de forma más específica Peter BURKE (2001), David FREEDBERG (2009) y Carlos REYERO (2015), «Introducción».